

El mensaje de Fátima

A cien años de las apariciones de la Virgen

P. Dr. Miguel Ángel Fuentes, IVE

I. LOS HECHOS CENTRALES DE FÁTIMA

¿Cuál es el fenómeno de Fátima?

Las llamadas «apariciones de Fátima» son seis apariciones de la Virgen María que tuvieron lugar entre mayo y octubre de 1917, precedidas por tres apariciones un tanto confusas en 1915 y tres muy claras de un Ángel en 1916.

En 1915 Lucía dos Santos, en ese entonces de 7 años, es testigo, junto a otras tres compañeras (Teresa Matías, su hermana María Rosa y María Justina) de tres apariciones confusas en las que no hay ninguna locución.

Al año siguiente, 1916, la misma Lucía, ahora acompañada de sus primos Jacinta (de 6 años de edad) y Francisco (de 8 años) son testigos de tres apariciones de un Ángel que se presenta como el Ángel de Portugal o Ángel de la Paz. La primera entre fines de marzo y fines de junio, en Otero del Cabezo, loma rocosa cerca de Aljustrel; la segunda, dos meses más tarde, junto al pozo del Arneiro, en la parte posterior de la casa de Lucía; la tercera, probablemente en octubre, nuevamente en Otero del Cabezo. Estas son preparatorias de las visitas de la Virgen. Lucía no habló de estas apariciones hasta 1937, cuando escribe su *Memoria I*, referida a sus recuerdos sobre Jacinta.

En 1917, teniendo ahora los pastorcitos, 10, 9 y 7 años de edad, reciben seis visitas de la Virgen María; cinco de ellas en Cova de Iría,

DIÁLOGO 72

y una (la 4ª) en Valinhos. Estas tienen lugar el 13 de mayo, 13 de junio, 13 de julio, el 19 de agosto, el 13 de setiembre y el 13 de octubre.

En la tercera aparición, la Virgen les revela tres secretos, o un secreto dividido en tres partes. En la sexta aparición, ante una multitud de 70.000 personas, tiene lugar el llamado milagro del sol, porque todos los espectadores vieron -según sus propias expresiones- bailar al astro. Que no fue una sugestión colectiva lo atestigua el hecho de que dejaron constancia de ella algunos que habían ido a poner en ridículo las apariciones, como el editor del diario *O Século*, de Lisboa, Avelino de Almeida, y otros que no estaban en el lugar y lo vieron desde otras partes, como el caso del poeta Alfonso Lopes Vieira, que lo observó desde su casa, en San Pedro de Noel, a 40 kilómetros de Fátima.

Francisco y Jacinta, tal como les profetizara la Virgen, murieron pronto, en 1919 y 1920, durante la pandemia de gripe española que dejó un saldo de cerca de 20 millones de personas muertas. Lucía, también según las revelaciones de la Virgen, los sobrevivió hasta el año 2005, convirtiéndose en el principal testigo de estos hechos y encargándose de difundir el mensaje de Fátima y la devoción al Inmaculado Corazón. Lucía se hizo religiosa, primero en las Hermanas Doroteas, y luego en las Carmelitas.

Lucía tuvo otras apariciones posteriores. Como la del 13 de junio de 1929, en la capilla del convento en Tuy en España, en la que vio a la Santísima Trinidad y a la Virgen María, donde Nuestra Señora pide que el Santo Padre, en unión con todos los obispos del mundo, consagre Rusia a su Inmaculado Corazón; a cambio, Ella promete salvarla por este medio.

El Obispo de Leiria (ahora Leiria-Fátima) proclamó las apariciones de Fátima como auténticas, el 13 de octubre de 1930.

Sor Lucía puso por escrito los hechos acaecidos y el secreto de Fátima 18 años después de las apariciones, entre 1935 y 1941, por expreso

EL MENSAJE DE FÁTIMA

mandato de sus superiores. Son cuatro memorias de los acontecimientos de Fátima. En la tercera memoria -publicada en 1941- escribió las dos primeras partes del secreto y explicó que había una tercera parte que el cielo aún no le permitía revelar. En 1943, el Obispo de Leiria ordenó a Sor Lucía poner el tercer secreto de Fátima por escrito, pero ella no se sintió con libertad de hacerlo hasta 1944. Fue puesto en un sobre lacrado en el que Sor Lucía escribió que no debía abrirse hasta 1960.

Este secreto fue conservado por el Obispo de Leiria hasta 1957, cuando fue solicitado (junto con copias de otros escritos de la Hermana Lucía) por la Congregación para la Doctrina de la Fe. Según el Cardenal Tarcisio Bertone, el secreto fue leído por Juan XXIII y Pablo VI. Juan Pablo II pidió el sobre que contiene la tercera parte del secreto tras el intento de asesinato que sufrió el 13 de mayo 1981.

En cuanto al secreto, la primera parte es una visión del infierno; la segunda es sobre la devoción al Inmaculado Corazón; y la tercera tiene que ver con la persecución de la Iglesia en el siglo XX. Este último fue hecho público en el año 2000, por decisión de san Juan Pablo II.

II. LAS LÍNEAS PRINCIPALES DEL MENSAJE CELESTIAL DE FÁTIMA

Las diversas apariciones de Fátima, tanto las del Ángel en 1916 cuanto las de la Virgen en 1917, son notables por la gran cantidad de verdades católicas que se dan allí cita. Algunas relacionadas con Dios, como la Santísima Trinidad, la divinidad de Jesucristo, el sacrificio de la Misa...; otras con la Virgen santísima, como su mediación maternal, su corredención, su solicitud amorosa (centrada en la devoción a su inmaculado Corazón); otras con las postrimerías, el cielo que se promete a los pastorcitos, el purgatorio por cuyas almas se piden oraciones, el infierno que se revela patético ante los ojos de los niños; otras con la Iglesia...

DIÁLOGO 72

Voy a elegir tres temas centrales que están íntimamente relacionados entre sí, como la trama de todo el mensaje de Fátima. El primero es la realidad del pecado; el segundo, la absoluta necesidad del sacrificio y de la penitencia para lograr que los pecadores se conviertan de sus pecados y eviten la condenación eterna; el tercero, el papel que la Virgen Santísima tiene en la obra de la salvación de los hombres, por misterioso, pero certísimo, designio divino.

1. La realidad del pecado

La primera es la dramática realidad del pecado. «Dios es ofendido por los pecados de los hombres», dice el Ángel en su segunda aparición. Y la Virgen pide actos de desagravio en su primera visita (13 de mayo), además de oración por la conversión de los pecadores. En la segunda aparición de la Virgen (13 de junio), ante la visión del «corazón cercado de espinas, que parecían estar clavadas en él», los niños comprendieron «que era el Inmaculado Corazón de María, ultrajado por los pecados de la humanidad, que pedía reparación». En la tercera aparición (13 de julio), Nuestra Madre les enseña la oración: «Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces y, en especial, siempre que hagáis algún sacrificio: ¡Oh, Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!»

También en la tercera aparición, 13 de julio, la Virgen les hace tener una visión: «Al decir estas últimas palabras abrió de nuevo las manos como en los meses anteriores. El reflejo parecía penetrar en la tierra y vimos como un mar de fuego, y sumergidos en ese fuego los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana, que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo, cayendo hacia todos lados, semejante a la caída de pavesas en grandes incendios, pero sin peso ni equilibrio, entre gritos y lamentos de dolor

EL MENSAJE DE FÁTIMA

y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. (Debía ser a la vista de eso que dije un «ay» que dicen haber oído). Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros tizones en brasa». Los niños, «asustados y como pidiendo socorro - según sus propias palabras- levanta[ron] la vista a Nuestra Señora», la cual les «dijo con bondad y tristeza: Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores».

La función que tiene esta visión es ayudar a los pecadores a que eviten el pecado y, de este modo, se libren de la condenación, como entiende perfectamente la pequeña Jacinta, que decía a Lucía poco antes de morir: «Yo voy al Cielo; pero tú te quedas aquí; si Nuestra Señora te lo permitiera, di a todo el mundo cómo es el infierno, para que no cometan pecados y no vayan allá». Y a veces preguntaba: «¿Por qué Nuestra Señora no muestra el infierno a los pecadores? ¡Si ellos lo vieran, no pecarían para no ir allá! Has de decir a aquella Señora que muestre el infierno a toda aquella gente (referíase a los que se encontraban en Cova da Iria en el momento de la aparición). Verás cómo se convierten». Precisamente por esto, uno de los grandes pecados de los pastores de nuestro tiempo, es la mudez sobre estas grandes verdades ique salvarían quizá tantas almas!

La «aspereza de estos hondos pensamientos», como dice el Poeta, es un rigor saludable que ayuda a comprender algunas frases y actitudes de Jacinta, que relata Lucía: «Con frecuencia se sentaba en el suelo o en alguna piedra y, pensativa, comenzaba a decir: “¡El infierno! ¡El infierno! ¡Qué pena tengo de las almas que van al infierno! ¡Y las personas que, estando allí vivas, arden como leña en el fuego!” Y, asustada, se ponía de rodillas, y con las manos juntas, rezaba las oraciones que Nuestra Señora le había enseñado: “¡Oh Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a aquellas que más lo necesitan!”»

DIÁLOGO 72

El infierno no es la realidad más grave. Lo es el pecado. El infierno tan solo manifiesta la gravedad del pecado que causa la condenación. Como decía Jacinta: «¡Si dejasen de ofender a Dios no vendría la guerra, ni tampoco irían al infierno!»

No hay infierno sin pecado. Y del mismo modo, no hay pecado que no implique el infierno, a menos que Dios interponga su misericordia, que es lo que hace a través de su Hijo en Cruz, de los santos y, en particular, de su Madre. Esa Madre que en ninguna de las apariciones de Fátima apareció sonriendo. ¡Qué graves son las cosas que tenía que decirnos!

Frente a esto, qué dramática se presenta nuestra tibieza, tan parecida a la indolencia de los hombres que mientras Noé construía su arca, «comían, bebían, tomaban mujer o marido», como explica Nuestro Señor (Lc 17,27); y sobre todo pecaban: «la maldad del hombre cundía en la tierra, y todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo..., y la tierra estaba viciada, porque toda carne tenía una conducta viciosa sobre la tierra» (Gn 6,6.12). Y se les vinieron las aguas y «pereció toda carne» (Gn 7,21).

También la tercera parte del secreto tiene que ver con el terrible dramatismo del pecado. «Después de las dos partes [del secreto] que ya he expuesto, escribía sor Lucía, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!»

Las llamas de la espada son las llamas de la cólera divina, que apaga la presencia pacificadora de Nuestra Señora. Pero tal cólera solo puede tener por objeto el pecado. El resto de la visión describe el vía crucis

EL MENSAJE DE FÁTIMA

martirial de la Iglesia (Papa, Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas..., personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones) a lo largo de un camino que atraviesa una gran ciudad medio en ruinas, flanqueado por «las almas de los cadáveres», hasta la cima de un monte donde todos consuman su sacrificio al pie de una gran cruz. La ira del Ángel, ¿tiene por objeto la injusticia del asesinato de los justos o más bien el sinfín de pecados cometidos por los hombres de todos los tiempos que exigen, como expiación, el martirio de la Iglesia que se asocia al único Sacrificio Redentor, que es el de la Cruz, junto a la cual, de hecho confluyen sus ríos de sangre? Indudablemente que se refiere a los pecados en general que ofenden a Dios. Por eso escribía Sor Lucía en su *Memoria III*: «Estimo, pues, que Dios quiso servirse de mí, únicamente para recordar al mundo la necesidad que tiene de evitar el pecado y reparar, por la oración y penitencia, a Dios ofendido».

Debemos preguntarnos si nuestro concepto del pecado y nuestra sensibilidad ante él están a la altura de este mensaje. ¿No estamos, quizá, anestesiados frente a la espeluznante gravedad que reviste la ofensa a Dios? Este adormecimiento, ¿no afecta incluso a un enorme número de consagrados, sacerdotes, obispos y cristianos en general, que pecan con total desparpajo y carecen de verdadero dolor de sus pecados? El Ángel con ímpetus devastadores no aparece en una visión del apocaleta Juan, sino en la descripción de lo que observan los ojos inocentes de niños de siete a diez años de edad. La presencia maternal de la Virgen lo detiene, pero Ella quiere que lo veamos y sintamos el temor de las llamas de su espada. Y sus palabras, tiernas y maternas, no dejan, sin embargo, de recordarnos el peligro que pesa sobre la humanidad y los males descomunales que esos pecados atraerán sobre la humanidad si no dejamos de pecar... y si no hacemos penitencia por los pecados cometidos: «Las guerras -decía Jacinta en sus últimos días en Lisboa- no son sino castigos por los pecados del mundo». ¿Quién le enseñó esta teología sino la Señora de Blanco? Monseñor Francisco Rendeiro, Obispo de Coimbra decía: «En el mensaje de Fátima, me parece esencial la referencia a Dios ofendido por nuestros pecados, como así también a la necesidad de la oración y de la penitencia para

evitar los castigos temporales y eternos provocados por nuestros pecados. En estos elementos esenciales del mensaje, encuentro el signo de la autenticidad del mismo, mucho más que en los milagros»¹. Precisamente por eso mismo, allí donde se silencia la realidad del pecado, o se suaviza y minimiza, o peor, se disfraza o justifica... se hace evidente el sello de la falsedad. Eso no es de Dios.

¡Dios castiga! Esto suena herético al lenguaje del mundo. Aunque, si queremos ser más exactos, debemos repetir lo que escribía sor Lucía a san Juan Pablo en 1982: «Y no digamos que de este modo es Dios el que nos castiga; al contrario, son los hombres que por sí mismos se preparan el castigo. Dios nos advierte con premura y nos llama al buen camino, respetando la libertad que nos ha dado; por eso los hombres son responsables»².

Decimos ira, cólera... pero en Dios no hay pasiones. Apelamos a nuestro lenguaje humano, limitadísimo, para poder expresar este misterio de la incompatibilidad entre la pureza y santidad de Dios y la realidad tremenda del pecado que lo ultraja. Francisco, vio la misma realidad que su hermana y su prima, pero él la captó bajo otra óptica que muestra que estamos ante expresiones meramente metafóricas: la de la tristeza de Dios por el pecado; por eso, estas revelaciones despertaron en Él el deseo de *consolar* a Dios. Solo a él Dios se daría a conocer «tan triste», como él decía. Una noche, su papá lo escuchó sollozar y le preguntó por qué lloraba; el hijo le respondió: «Pensaba en Jesús que está tan triste por causa de los pecados que se cometen contra Él». Por eso vive motivado por el único deseo de «consolar y dar alegría a Jesús». «Todo le parecía poco para consolar a Jesús», dijo de él san Juan Pablo II. Lucía advirtió claramente esta particularidad y la describió en

¹ RENDEIRO, F., «El mensaje de Jacinta de Fátima», 21 de Febrero de 1970, en *La espiritualidad de los pastorcitos Francisco y Jacinta Marto*, Fátima (2000), 31.

² SOR LUCÍA, «Carta al Santo Padre Juan Pablo II», 12 de Mayo de 1982. Citada por T. BERTONE, «Presentación», en Congregación para la Doctrina de la Fe, *El mensaje de Fátima*, 26 de Junio de 2000.

EL MENSAJE DE FÁTIMA

su *Memoria IV*: «Mientras Jacinta parecía preocupada con el único pensamiento de convertir a los pecadores y librar a las almas del infierno, él solo parecía pensar en consolar a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que estaban tan tristes». Monseñor Rendeiro dijo que «su pasión era consolar a Jesús». «En la tercera aparición, dice Lucía, parece que fue Francisco el que menos se impresionó con la visión del infierno, aunque le causase también una sensación muy fuerte. Lo que más le impresionaba y absorbía era Dios, la Santísima Trinidad en aquella luz inmensa que nos penetraba en lo más íntimo del alma. Después decía: -¡Estábamos ardiendo en aquella luz que es Dios y no nos quemábamos! ¡Cómo es Dios! ¡No se puede decir! Esto sí que no podré decírselo nunca a la gente. Pero, ¡qué pena que esté tan triste! ¡Si yo le pudiese consolar!»

«Un día le pregunté, dice Lucía: -Francisco, ¿qué te gusta más, consolar a Nuestro Señor o convertir a los pecadores para que no vayan más almas al infierno? -Me gusta más consolar a Nuestro Señor. ¿No te diste cuenta cómo Nuestra Señora, todavía en el último mes, se puso tan triste cuando dijo que no ofendieran más a Nuestro Señor que ya estaba muy ofendido? Yo querría consolar a Nuestro Señor y después convertir a los pecadores para que no le ofendan más».

Nuevamente, ¿responde nuestra percepción del pecado a la sensibilidad que Dios infundió en estos niños? ¿Tomamos conciencia de que, al pecar, somos causa de la tristeza insondable de Dios que por más metafórica que la intentemos entender, no dejará de ser un misterio que el mismo Dios ha querido que las almas iluminadas por los dones del Espíritu Santo comprendan bajo esta imagen tremenda de «tristeza de Dios»? ¿Podemos, después de meditar estos hechos acaecidos hace un siglo a los tres pastorcitos, seguir pecando con liviandad y alegre indiferencia como si nuestros actos no tuvieran ninguna consecuencia para nosotros y para el mundo entero? Porque hay, lamentablemente, «una comunión del pecado, por el que un alma que se abaja por el pecado abaja consigo a la Iglesia y, en cierto modo, al mundo entero. En otras palabras, no existe pecado alguno, aun el más íntimo

y secreto, el más estrictamente individual, que afecte exclusivamente a aquel que lo comete. Todo pecado repercute, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor daño en toda la Iglesia y en toda la familia humana» (Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, 16).

2. La importancia y valor del sacrificio

El tema del sacrificio aparece reiteradamente en la segunda aparición del Ángel, en julio de 1916, como escribe Lucía en la *Memoria IV*: «Rezad, rezad mucho. Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios. -¿Cómo nos tenemos que sacrificar?, pregunté. -De todo lo que podáis, ofreced a Dios un sacrificio de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así la paz sobre vuestra patria. Yo soy el ángel de su Guarda, el ángel de Portugal. Sobre todo aceptad y soportad con resignación el sufrimiento que Nuestro Señor os envíe. Estas palabras del ángel se grabaron en nuestro espíritu como una luz que nos hacía comprender quién era Dios, cómo nos amaba y quería ser amado; el valor del sacrificio y cómo le era agradable; y cómo por atención a él, convertía a los pecadores. En consecuencia, desde ese momento empezamos a ofrecer al Señor todo lo que nos mortificaba pero sin discurrir ni buscar otros sacrificios y penitencias, excepto la de pasarnos horas seguidas en tierra repitiendo la oración enseñada por el ángel» (Sor Lucía, *Memoria IV*).

También la Virgen aborda el argumento en la aparición del 13 de julio, según relata Lucía: «Nuestra Señora... continuó: Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces, sobre todo cuando hagáis algún sacrificio: “Jesús, es por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María”».

EL MENSAJE DE FÁTIMA

Como sabemos, esto impactó notablemente en los niños, en particular en Jacinta y Francisco, que, a pesar de su edad, ofrecían constantemente sacrificios por los pecadores. Así dice Lucía de la enfermedad de Jacinta: «Cuando ella, por mortificación, no quería comer le decía yo: “Jacinta, anda come”. “No. Ofrezco este sacrificio por los pecadores que comen demasiado”. Y ya en la enfermedad, al ir algún día a misa, le dije: “Jacinta, no vengas que no puedes, hoy no es domingo”. “No importa, voy por los pecadores que ni el domingo van”».

Y después de la visión del infierno: «Hicimos entonces, por primera vez, la meditación del infierno y de la eternidad. Lo que más impresionó a Jacinta fue la eternidad. Aun jugando, de vez en cuando preguntaba: “Oye: ¿Entonces, después de muchos, muchos años el infierno todavía no se acaba?” Otras veces: “¿Y aquella gente que está allí ardiendo no se muere? ¿Y no se convierte en ceniza? Y si rezamos mucho por los pecadores, ¿Nuestro Señor los libra de allí? ¿Y con los sacrificios también? ¡Pobrecitos! Tenemos que rezar y hacer muchos sacrificios por ellos”».

En la cuarta aparición, que no ocurrió en Cova de Iría porque los niños estaban retenidos por el Administrador del Consejo zonal, sino en Valinhos el 19 de agosto, Nuestra Señora les dijo: «Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues van muchas almas al infierno por no haber quien se sacrifique y pida por ellas» (*Memoria IV*).

En la quinta, el 13 de setiembre, la Virgen vuelve sobre el tema, primero, para moderar los generosos sacrificios de los niños: «Continuad rezando el rosario para alcanzar el fin de la guerra... Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiere que durmáis con la cuerda; llevadla solo durante el día». En efecto, a raíz de las palabras del mes anterior, en que Nuestra Señora pidió sacrificios por los pecadores, los niños se tomaron esta misión muy a pecho, y uno de los sacrificios más dolorosos que se les ocurrió fue el de llevar cada uno una cuerda atada a la cintura. La Virgen les dijo con solicitud maternal

DIÁLOGO 72

que de noche no la usaran para que no les disturbase el reposo. Otros sacrificios eran no comer la merienda, que repartían a niños pobres, dejaban los higos y las uvas, y otros que relata Lucía en sus *Memorias*. El Obispo de Coimbra, monseñor Francisco Rendeiro, diría más tarde: «Todas estas mortificaciones son impresionantes; pero el motivo que los llevaba a hacerlas es más impresionante todavía: la salvación de los pecadores».

Francisco fue muy sensible a estos sacrificios, ofrecidos, en su caso particular, para consolar a Nuestro Señor, a quien consideraba muy triste por las ofensas que recibía. Cuenta Lucía: «Al decirle después del trece de Septiembre que en Octubre vendría también Nuestro Señor, él mostró gran alegría: “¡Ay qué bien, solo le hemos visto hasta ahora dos veces, y yo le quiero tanto!” De vez en cuando preguntaba: “¿Todavía faltarán muchos días para el día trece? Estoy deseando que llegue para ver otra vez a Nuestro Señor”. Después pensaba un poco y decía: “Pero oye, ¿estará todavía tan triste? Yo le ofrezco todos los sacrificios que puedo. Algunas veces ya ni huyo de esa gente para hacer sacrificios”. Y así aprovechaba de todo para cultivar este espíritu sacrificial, como la vez que la madrina de bautismo de Lucía les ofreció aguamiel y él desapareció en el momento en que se las servía. Cuando Lucía lo encontró le preguntó: «Francisco, ¿tú no bebiste aguamiel? La madrina te llamó muchas veces y no apareciste. “Cuando cogí el vaso me acordé de repente de hacer aquel sacrificio para consolar a Nuestro Señor y mientras vosotras bebíais, yo me escapé”». ¡Francisco no tenía más que 10 años cuando hacía estas cosas!

Juan Pablo II, resaltó esto en la homilía de beatificación de los pastorcitos: «Con su solicitud materna, la Santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que “no ofendieran más a Dios, Nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido”. Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos: “Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas”. La pequeña Jacinta sintió y vivió como suya esta aflicción

EL MENSAJE DE FÁTIMA

de la Virgen, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día -cuando tanto ella como Francisco ya habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama- la Virgen María fue a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: “Nuestra Señora vino a vernos, y dijo que pronto volvería a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. Y a mí me preguntó si aún quería convertir a más pecadores. Le dije que sí”. Y al acercarse el momento de la muerte de Francisco, Jacinta le recomienda: “Da muchos saludos de mi parte a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, y diles que estoy dispuesta a sufrir todo lo que quieran con tal de convertir a los pecadores”. Jacinta se había quedado tan impresionada con la visión del infierno, durante la aparición del 13 de Julio -sigue diciendo el Papa-, que todas las mortificaciones y penitencias le parecían poca cosa con tal de salvar a los pecadores» (Juan Pablo II, 13 de Mayo del 2000).

En particular Jacinta rezaba por el Santo Padre, desde el momento en que supo quién era, lo que ocurrió luego de uno de los interrogatorios a los que fueron sometidos por algunos sacerdotes. Cuenta Lucía en la *Memoria I*: «Nos fueron a interrogar dos sacerdotes y nos recomendaron que rezásemos por el Santo Padre. Jacinta preguntó quién era el Santo Padre, y los buenos sacerdotes nos explicaron quién era y cómo necesitaba mucho de oraciones. Jacinta quedó con tanto amor hacia él que, siempre que ofrecía sus sacrificios a Jesús, añadía: “Y por el Santo Padre”. También los otros dos pastorcitos tomaron la misma costumbre, como escribe sor Lucía: «Ya dije a Vuestra Excelencia en el escrito sobre mi prima cómo fueron dos venerables sacerdotes los que nos hablaron de Su Santidad y de la necesidad que tenía de oraciones. Desde entonces no ofrecemos a Dios oración ni sacrificio alguno en que no dirijamos una súplica por Su Santidad. Concebimos un amor tan grande al Santo Padre que cuando un día el señor párroco dijo a mi madre que probablemente tendría que ir a Roma para ser interrogada por el Papa, aplaudí de contento y dije a mis primos: “Qué bien si voy a ver al Santo Padre”. A ellos se les caían las lágrimas y decían: “Nosotros no vamos, pero ofrecemos este sacrificio por él”» (*Memoria II*). San Juan Pablo II, agradeció particularmente, en

DIÁLOGO 72

su homilía de beatificación, estas oraciones y sacrificios de los niños: «Aquí, en Fátima, donde se anunciaron estos tiempos de tribulación y Nuestra Señora pidió oración y penitencia para abreviarlos, quiero dar gracias al cielo por la fuerza del testimonio que se manifestó en todas esas vidas. Y deseo, una vez más, celebrar la bondad que el Señor tuvo conmigo, cuando, herido gravemente aquel 13 de mayo de 1981, fui salvado de la muerte. Expreso mi gratitud también a la beata Jacinta por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento».

Pío XII, el llamado Papa de Fátima, después de haber leído las narraciones sobre Fátima, comentó: «Hay un terrible misterio que nunca meditaremos de modo suficiente: la salvación de muchos depende de las oraciones y de las penitencias voluntarias de los miembros del Cuerpo Místico».

Monseñor Pavol Mária Hnilica, quien acompañó al Papa Pablo VI en su viaje a Fátima el 13 de mayo de 1967, teniendo la oportunidad de conversar con sor Lucía, le preguntó cuál era «la esencia del mensaje de Fátima». La vidente le respondió: «el primer favor que Nuestra Señora nos pidió a nosotros, los niños, el 13 de mayo de 1917, fue que estuviésemos dispuestos a ofrecer a Dios todos los sufrimientos que Él pudiese mandarnos en reparación por los pecados que lo ofenden y por la conversión de los pecadores»³. Nuestra Señora introdujo a los niños en el profundo misterio de *nuestra participación en la salvación del mundo*, es decir, en aquello que san Pablo comprendió durante su última prisión: «Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

³ HNILICA, PAOLO MARIA, «The Mystery of Coredeemption in the Message of Fatima», en: AA.VV., *Mary at the Foot of the Cross*, Acts of the International Symposium on Marian Coredeemption, New Bedford (2002), 264.

EL MENSAJE DE FÁTIMA

Dios quiere, y la Virgen se hace su mensajera, que entendamos que podemos y debemos participar en el trabajo de la redención, uniéndonos a su cruz. De ahí la importancia de hacer sacrificios y aceptar todo sufrimiento por la salvación de los pecadores. Esto es lo que significa la visión de la tercera parte del secreto de Fátima: «Bajo los dos brazos de la cruz había dos Ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios».

3. El Corazón inmaculado de María. La Corredención mariana

El tercer aspecto que resalta del mensaje de Fátima tiene que ver con la función maternal de la Virgen y, en particular, el relieve que Ella misma da a la misión de su inmaculado Corazón en las palabras que dirige a los niños.

La expresión «Inmaculado Corazón de María» aparece ya en la tercera aparición del Ángel, en otoño de 1916, en la oración que él recita por tres veces: «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo: Yo te adoro profundamente y te ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los infinitos méritos de su Santísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María te pido la conversión de los pobres pecadores».

La Virgen, en su segunda aparición, 13 de junio, dice a Lucía: «quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón». Y a continuación los niños ven delante de la mano derecha de Nuestra Señora un corazón rodeado de espinas que parecía se le clavaban por todas partes. Lucía escribe: «Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María ultrajado por los pecados de los hombres y que pedía reparación».

DIÁLOGO 72

Tan bien habían aprendido su lección, que Jacinta, de siete años le decía a su prima después de la aparición del 13 de junio: «Ya me falta poco para ir al cielo. Tú te quedas aquí para decir que Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando haya que decir eso, no te escondas. Di a toda la gente que Dios nos concede las gracias por medio de ese Corazón Inmaculado; que se las pidan a Ella, que el Corazón de Jesús quiere que a su lado se venere el Corazón de María. Que pidan la paz a este Inmaculado Corazón porque Dios se la entregó a Ella. ¡Si yo pudiera meter en el corazón de toda la gente la lumbre que tengo aquí en el pecho quemándome y haciéndome gustar tanto de los Corazones de Jesús y de María!» (Lucía, *Memoria III*).

Como sabemos, la segunda parte del secreto de Fátima profetizaba la IIª Guerra Mundial, la desaparición de varias naciones, las persecuciones del comunismo a la Iglesia, el martirio de los buenos, los sufrimientos del Santo Padre..., y pedía la consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María y profetizaba el triunfo de su Corazón: «Visteis el infierno donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlos Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hacen lo que yo os digo se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra va a acabar. Pero si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche alumbrada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, el hambre y las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedirlo vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si atendieran a mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, ella esparcirá sus errores por el mundo promoviendo guerras y persecuciones contra la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Corazón Inmaculado triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia que se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de

EL MENSAJE DE FÁTIMA

paz. En Portugal se conservarán siempre los dogmas de la fe, etc..., esto no se lo digáis a nadie. A Francisco sí, podéis decírselo».

La Virgen también les enseña a los niños la oración con la que deben acompañar todo sacrificio: «Jesús, es por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María». Hay, pues, pecados que tienen como intento dañar el Inmaculado Corazón de María.

Lucía tuvo otras apariciones posteriores a las de Fátima. De estas solo se conocen de modo público las que tuvo en Pontevedra y en Tuy, ambas relacionadas con la devoción al Inmaculado Corazón de María.

En Pontevedra, el 10 de diciembre de 1925, según relata la misma Lucía: «Se le aparece la Santísima Virgen y, a su lado, suspendido en una nube luminosa, un Niño. La Santísima Virgen, poniéndole su mano en el hombro, le mostró un corazón que tenía en la otra mano, rodeado de espinas. Al mismo tiempo, dijo el Niño: “Ten pena del Corazón de tu Santísima Madre que está rodeado con las espinas que los hombres ingratos constantemente le clavan sin haber quien haga un acto de reparación para quitárselas”. En seguida dijo la Santísima Virgen: “Mira, hija mía, mi Corazón rodeado de espinas que los hombres ingratos, en cada momento, me clavan con blasfemias e ingrati-tudes. Tú, al menos, haz por consolarme y di que a todos aquellos que durante cinco meses, en el primer sábado, se confiesen, reciban la sagrada comunión, recen el rosario y me acompañen quince minutos meditando sus misterios con el fin de desagraviarme, yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para su salvación”».

El 15 de febrero de 1926 se le apareció de nuevo el Niño Jesús, preguntándole si había extendido la devoción a su Madre. Todavía no lo había hecho, por las dificultades que su confesor veía.

DIÁLOGO 72

El jueves 13 de junio de 1929, ya en Tuy, haciendo la hora santa de 11 a 12 de la noche, tiene una nueva aparición en la que ve «una cruz de luz que llegaba hasta el techo», «sobre la parte superior de esta misma cruz el busto de un hombre» que llevaba «sobre el pecho una paloma de luz y clavado en la cruz el cuerpo de otro hombre»; «Un poco más abajo de la cintura, suspendido en el aire, se veía un cáliz y una hostia grande sobre la cual caían gotas de sangre. Esta sangre venía de las mejillas del Crucificado y de una herida que tenía en el pecho. Resbalando estas gotas por la hostia caían dentro del cáliz. Debajo del brazo derecho de la cruz estaba Nuestra Señora con su Inmaculado Corazón en la mano. Debajo del brazo izquierdo unas letras grandes como si fueran de agua cristalina que corriese por encima del altar, formando estas palabras: “Gracia y Misericordia”». «Comprendí -escribe sor Lucía- que me era mostrado el misterio de la Santísima Trinidad y recibí sobre él luces que no me es permitido revelar. Después me dijo Nuestra Señora: “Ha llegado el momento en que Dios pide que el Santo Padre haga en unión con todos los Obispos del mundo la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón; prometo salvarla por este medio. Son tantas las almas que la justicia de Dios condena por los pecados cometidos contra mí que vengo a pedir reparación: sacrificate por esta intención y ora”». «Di cuenta de esto al confesor, que me mandó escribir lo que Nuestro Señor quería que se hiciese».

El corazón es símbolo natural del amor humano. El de la Virgen es símbolo del Amor maternal de María por cada hombre. Devoción al Corazón de María, es devoción al afecto maternal que Ella tiene por cada uno de nosotros y, especialmente, por su Hijo Jesús. En Fátima este sentimiento se manifiesta como una capacidad de amar cuasi infinita, porque su Corazón fue hecho para amar en tanto madre al mismo Hijo de Dios, y Dios le concede que con ese mismo Corazón, hecho a la medida de un hijo-Dios, Ella ame a los demás hijos-hombres que recibiría en el mismo momento de acoger la gracia de la Encarnación.

EL MENSAJE DE FÁTIMA

En las Apariciones de Fátima se lo llama repetidamente «inmaculado» para subrayar su pureza única e inigualable, puesto que jamás ha sido contaminado por la más pequeña sombra de pecado.

Ese Corazón aparece cercado de espinas y se menciona varias veces que recibe ofensas. El 10 de diciembre de 1925 le decía la Virgen a sor Lucía, postulante en Pontevedra: «Mira, hija mía, mi Corazón, cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan en todos los momentos con sus blasfemias e ingratitudes. Tú al menos procura consolarme». En 1930, sor Lucía dice que le fue revelado, la noche del 29 al 30 de mayo, en la Capilla de las Doroteas de Tuy, que la devoción de los cinco sábados, pedidos por la Virgen tenían relación con cinco especies de ofensas o blasfemias contra el Corazón Inmaculado de María, que eran: «los pecados contra su especialísima redención efectuada por Cristo de manera anticipada: contra la Inmaculada Concepción y Asunción; contra su virginidad; contra su maternidad divina, de la que deriva su poder intercesor sobre todos los hombres y mujeres, sus hijos espirituales; por los pecados de escándalo de los que siembran en el corazón de los niños el desprecio e incluso el odio a la Madre del Cielo; y contra la veneración a sus imágenes»⁴.

Además de estas ofensas que van directamente contra algunas de las principales prerrogativas marianas, Nuestra Señora sufre también por la suerte de aquellos que no corresponden como conviene a su amor; por los que desprecian su Amor; los que abusan de él; los que no oyen sus consejos, advertencias y ruegos. Si bien durante sus apariciones en Fátima nunca se muestra enojada, ni siquiera con los que la ultrajan, sí aparece llorosa y angustiada por el naufragante destino que aquellos se forjan al alejarse de Ella, único puerto de salvación.

⁴ *Lucia racconta Fatima*, Brescia (1987), 145.

DIÁLOGO 72

Y, sobre todo, se muestra dolida por las ofensas que recibe su Hijo, como les dice a los niños en la primera aparición, como recuerda Lucía: «Después tomó un aspecto más triste y dijo: “¡No ofendan más a Dios Nuestro Señor que ya está muy ofendido!”» Por eso, en esta misma aparición, Ella se dejará ver de una manera que «daba la impresión de ser la Virgen de los Dolores». También se pueden aplicar a María santísima, aquellas palabras del Salmo: «caen sobre mí los insultos de los que te insultan» (Sal 69,10). En este aspecto Ella se muestra corredentora, es decir, asociada indisolublemente a la Pasión de su Hijo, hecha una sola cosa con sus dolores. Los dolores del Hijo son también suyos, y por eso también Ella los presenta al Padre como muestra de lo que Ella paga por los pecadores. Como decía san Gabriel de la Dolorosa: «La misma espada que atravesó su purísimo Corazón, la usa para defendernos».

Este es el motivo por el que pide que se instaure la devoción a su Inmaculado Corazón, que tiene un doble objetivo. Uno temporal, que es corregir para bien el curso de la historia humana; el segundo, eterno, y es la salvación de las almas. Que la acción maternal de María es capaz de intervenir en el curso de nuestra historia lo expresó con toda claridad Juan Pablo el 13 de mayo de 1994 a un grupo de Cardenales en Roma: «A mí se me ha dado a comprender de un modo especial el mensaje de la Virgen de Fátima: la primera vez el 13 de mayo de 1981, en el momento del atentado a la vida del Papa, y después de nuevo hacia el final de la década de los ochenta, en ocasión del hundimiento del comunismo en los países del bloque soviético. Pienso que se trata de una experiencia bastante transparente a todos». Se refería, con lo primero, a la intervención milagrosa de la Virgen salvándole la vida en el atentado del 13 de mayo de 1981, del que luego dijo: «una mano ha sostenido la pistola, y otra ha guiado la bala»⁵. Por eso poco tiempo después, el 19 de junio de 1983, ante la Virgen de Jasna Góra el Papa rezó: «El 13 de mayo se cumplieron dos años de aquella tarde

⁵ FROSSARD, ANDRE, *N'ayez pas peur*, (1982); *Portrait de Jean Paul II*, (1988).

EL MENSAJE DE FÁTIMA

en que Tú me salvaste la vida. Sucedió en la Plaza de San Pedro. Allí, durante la Audiencia general, fue disparado contra mí un disparo, que debía haberme quitado la vida. El año pasado, el 13 de mayo estuve en Fátima para darte las gracias y hacer la consagración. Hoy dejo aquí un signo visible de este acontecimiento: el fajín de la sotana agujereado por la bala». Con la misma convicción, el santo pontífice, atribuía a Nuestra Señora el desmoronamiento del imperio ateo soviético.

La Virgen muestra, pues, el misterioso cometido que Ella tiene, por designio divino, en la historia de los hombres. Su intervención puede modificar el curso de esa Historia, como hizo, de hecho, cumpliendo su promesa y profecía, poco después de que el 25 de marzo de 1984, el santo Padre, san Juan Pablo II, junto a todos los obispos del mundo, correspondiera a lo pedido en Fátima. Apenas un lustro más tarde, el monolítico Impero ateo creado por el comunismo ruso, tras un saldo de cien millones de muertos y muchísimos más corazones envenenados, se desmoronaba como un árbol carcomido por la polilla. Nos daba, así, la esperanza de que su acción maternal puede trocar, en menos de un instante de tiempo humano, las situaciones más angustiosas en remansos de paz.

Si la Virgen interviene con materna solicitud para ayudar a los hombres en sus sufrimientos históricos, con mayor razón se preocupa de cada uno de ellos para procurar su salvación eterna y resguardar la gloria de Dios, su Padre, su Hijo, su Esposo.

Fátima no ha creado, ciertamente, la devoción al Corazón Inmaculado de María, que se remonta a los tiempos evangélicos, teniendo a san Lucas como uno de los primeros atentos devotos a lo que ha rumiado ese corazón materno (Lc 2,19 y 51). Esta devoción ya la encontramos distinguida de otras devociones marianas en el siglo XII, pero su gran predicador fue san Juan Eudes, a mediados del siglo XVII, logrando que su culto entre en la liturgia católica, celebrándose su primera fiesta litúrgica el 8 de febrero de 1648, con aprobación del obispo de Autun, pasando a tener misa y oficios propios en 1855, bajo Pío IX.

DIÁLOGO 72

Fátima lo que hizo fue, pues, destacar su aspecto reparador y le dio una nueva vitalidad.

La devoción al Corazón Inmaculado de María es, pues, devoción a su *maternidad divina* respecto de su Hijo Jesucristo, y *espiritual* respecto de los hombres, o, simplemente, *amor maternal*, del cual, como hemos dicho, el corazón es símbolo en el lenguaje humano.

Es también devoción a su misión de *corredentora*, puesto que con su corazón entristecido y coronado de espinas, se muestra asociada a los dolores que su Hijo sufre por los pecados que cometen los pecadores, hacia los que muestra su premura interviniendo para apartarlos del pecado. Ella demuestra tener una actitud positiva para remediar los males del mundo y, sobre todo, salvar a las almas que su Hijo le ha encomendado en la Cruz.

Es también devoción a su misión de *medianera*, puesto que se presenta como el puente por el que la Misericordia de Dios quiere derramarse sobre los hombres, y por el que las buenas acciones de los penitentes pueden remontarse hasta Dios purificadas y enaltecidas al ser llevadas hasta Dios dentro del cofre purísimo de su Corazón.

Pero Ella misma profetiza el triunfo de su Corazón, es decir, de su Amor. Lo que significa que los hombres se dejarán amar por Ella y que la amarán, y que sus designios de salvación se cumplirán. No sabemos cuándo tendrá lugar ese triunfo, pero está profetizado y se cumplirá.

Con esta esperanza, termino con las palabras finales de la súplica que Juan Pablo II dirigió a la Virgen en 1984: «¡Madre de Cristo, que se revele una vez más en la historia del mundo la infinita potencia salvífica de la Redención: potencia del Amor misericordioso! ¡Que este amor detenga el mal! ¡Que transforme las conciencias! ¡Que en tu Corazón Inmaculado se revele a todos la luz de la esperanza!»